

## MEDITACION BREVE

He pasado unos minutos  
yo solo en el camposanto.

Nada en él produce espanto:  
paz y silencio absolutos.

En un rincón, el osario;  
en él, una calavera

que calmosa nos espera  
al fin del itinerario.

En el suelo endurecido  
y yermo, una fosa abierta,  
como si fuera la puerta

del mundo desconocido.  
Tras esa puerta ¿no hay nada?

Entonces, el pensamiento,  
el valor, el sentimiento  
¿son niebla de la alborada?

Camposanto lugareño.

¡Buena lección aprendida!

Soy el sueño de la vida

o soy la vida del sueño...

El sol cae. Lentamente

rezo un padrenuestro y salgo.

¡En nombre de Dios! ¿Hay algo  
que no muera eternamente?

(En nombre de Dios, hay algo  
que no muere eternamente...)

EUGENIO PAYO

## Tropezando y cayendo

(CUENTO)

A la memoria del poeta cacereño  
Enrique Montánchez.



VILLAGROSA se envanece con su artístico puente sobre el Salor, que casi compite con el de Alcántara en majestad y atrevimiento, aunque de una y otro alardea con mayor razón el castillo de Alzora, elevado sobre enorme bloque de berroqueña cortado a pico por tres de sus aristas. Aún se mantienen enhiestas las gruesas paredes, aún campea el escudo señorial, esculpido en granito, mostrando los cuarteles con el estribo y la barra; todavía es magnífico el patio de honor y se muestra gallarda y altiva la torre del homenaje. Puente y castillo, sin embargo, eran desdeñados por Julián Morales ante las bellezas del jardín de la casa-palacio, situada en la calle del Duque. La casa ducal de Alzora posee extensos y ricos fundos en el término de Villagrosa, desde las dehesas recocidas de puro pasto y predios en el valle para pastos y labor, hasta los enmarañados y bravíos de la sierra, donde la encina y el alcornoque libran sorda batalla con la jara, el brezo y la madroñera. En el pueblo, varias casas muestran el escudo del linajudo y poderoso propietario, y el palacio, vetusto, gris y destartalado, sirve de morada al administrador de tan pingües rentas. El jardín fué obra del duque Miguel Pedro, camarada inseparable de aquel marqués de Mora por quien lanzó tan voluptuosos suspiros *mademoiselle* de Lespinasse y a quien llamara excelente amigo d'Alembert. El duque Miguel Pedro trajo de Francia la afición a los jardines a lo Le Notre, y en una de sus temporadas de campesino plantó en Villagrosa uno, a imitación de los franceses: recortado, geométrico, bordeado de bojes, con fuentes y estatuas, a las que daban sombra álamos negros, sauces llorones, magnolias y acacias, no permitiendo vivir a más árboles frutales que a almendros y naranjos; a aquéllos, por sus risueñas flores; a éstos por su brillante y almibarado fruto.

Si hoy levantara la cabeza el alegre camarada de Mora y Aranda, viera con indignación y pena el estado del jardín: devastado, selvático, destrozadas las simétricas líneas, injuriadas y maltrechas las estatuas, alfombrados de ortigas y hierbajos los paseos y poblados con una población arbórea heterogénea aquellos cuadros sombríos de naranjos, que formaban la corte de alguna magnolia gigante,